

EL HORIZONTE HISTÓRICO

La palabra *arte* es, como cualquier otro vocablo, un producto histórico y social. A pesar de que su significado comúnmente se reduce a un tiempo y a un espacio definidos y bastante estrechos, se lo entiende sólo dentro y desde un determinado horizonte temporal.

Los tan divulgados tratados de *Historia del Arte* ilustran con suma evidencia este fenómeno; esa historia considerada como ciencia es una mirada desde un tiempo y desde un posicionamiento político y social. Nace junto a la era industrial (o capitalismo) y –por consecuencia– junto a la expansión del neocolonialismo. Por lo general suele considerarse como modelo al arte occidental, al cual, en el mejor de los casos, se le anexa información sobre fenómenos artísticos de otras humanidades, de otras civilizaciones y latitudes.

Desde esta concepción lo que hace el Otro es –antes que arte– un mero documento sobre la periferia: a lo sumo será un fenómeno extraño, primitivo, curioso o exótico. Podrá ser la voz de un supuesto paraíso perdido, la conocida leyenda del *buen salvaje*; así considerado el arte será combatido o adorado, reeducado o elogiado. Da lo mismo. Se lo verá según la moda y pocas veces desde un reconocimiento científico; los originales de aquellas obras van apareciendo en los gabinetes de curiosidades: museos, galerías, colecciones o libros de divulgación.

Pero el arte no es propiedad de una cultura, de una época o de una franja social. La pertenencia a una constelación de tiempo y espacio permite al hombre beneficiarse del arte de su mundo. Y cuando esta pertenencia se extiende más –mediante el conocimiento y la experiencia– su acceso también será más rico y provechoso.

La palabra *arte* –a lo largo de la historia de Occidente– también experimentó varios y profundos cambios. En el mundo helénico ni siquiera existió. En esos tiempos, para referirse a la producción que hoy designaríamos artística, se aplicaba la palabra *techné*, de la que deviene nuestra *técnica*, y que concierne al conjunto de reglas y normas (procedimientos) a cumplir. Recién en Roma surge la voz latina *ars*, con significado cercano a la voz griega.

Saltando sobre los siglos –ya en la Edad Media– surge la clasificación de Artes Liberales y Artes Vulgares. Las primeras se denominan así por ser consideradas libres del esfuerzo físico. Sería

el caso de la gramática, la retórica, la aritmética, la lógica, la geometría, la astronomía y la música como composición. Las segundas se llamaban vulgares por su compromiso con el trabajo físico y correspondían a las actividades relacionadas con la producción textil y alimentaria, la construcción, los medios de transporte, la medicina, todo lo relacionado con la curación, y lo militar.

En las postrimerías del siglo XVI nace una nueva idea con su correspondiente nombre: Bellas Artes. La noción aludía en principio a la poesía, la elocuencia, la comedia (como teatro), la pintura, la escultura, la música y la danza. Obsérvese que tanto la denominación medieval como esta última conciernen a la magia numérica, adjudicando al número siete una importancia sobrenatural. En el siglo XIX, al decaer la importancia de la retórica o la elocuencia, la vacante sería ocupada por el recién creado cine, denominado por ello *el séptimo arte*. Esto, claro, siempre y cuando se tratara de un largometraje ficcional y respondiera a los cánones tradicionales. Y luego, nada. A pesar de las profundas y extensas alteraciones y renovaciones, no ha habido cambio en la denominación. Seguimos hablando de *arte* como si habláramos en general de las *Bellas Artes*.

Tampoco se reconoce la condición de arte a aquellas expresiones que si bien pertenecen al mundo occidental y a un pasado oficialmente reconocido, no corresponden, sin embargo, a las jerarquías sociales. Muchos de estos productos o géneros se hundieron en el olvido, tal vez para desaparecer o a la espera de su redescubrimiento y revalorización. Otros fueron relegados a la curiosa categoría del folklore: algunas veces el fenómeno se veía deificado, otras despreciado. En ocasiones parecía agitar la bandera libertaria de la resistencia; fue también aprovechado por credos siniestros. Para bien o para mal, el folklore ha sido con frecuencia conservador. Esto se ha debido a su origen de control local y de vigilancia comunitaria; pero ya en escalas regionales o nacionales pudo llegar a los extremos de tornarse en un estandarte de “estéticas” dictatoriales.